

CONVERSAMOS CON JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS

PADRES Y MAESTROS



Jose Ignacio González Faus es en la actualidad el director académico del Centro de Estudios "Cristianismo y Justicia", ha sido profesor en la Facultad de Teología de Cataluña y de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" además de dar cursos en América Latina. Entre sus últimas publicaciones cabe destacar: "Ojo Avizor", "Vicarios de Cristo. Los pobres en la teología y la espiritualidad cristiana" y "La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesialístico".

PYM: Decía Feuerbach: "Las sepulturas humanas han sido la cuna de los dioses", ¿es la muerte una realidad que nos catapulta ineludiblemente al hecho religioso?

J.I.G.F.: No es la única, pero ha sido siempre una de ellas. No ya por el hecho de dejar de vivir, sino porque pone de relieve que *la vida es un ir muriendo*. Y esa constatación parece contradecir a la otra experiencia de *la vida como autoafirmación plena*. Me gusta citar un verso de D. Ridruejo ante la muerte trágica de un amigo: "siento la vida en mí sin transferencia, sin entrega posible". Y sin embargo sabemos algo que contradice ese sentir: que vivir es ir transfiriendo y entregando la vida.

A eso se añade la muerte de seres queridos: hay en nosotros una posibilidad de amor de tal calidad, que se experimenta como una plenitud imperecedera. Aquí suelo citar a Nietzsche: "todo placer pide eternidad". Yo no diría que *todo* placer, pero hay algunos que parecen pedirla.

En ambos casos *la muerte es pregunta*. Y esa pregunta se repite a niveles no ya personales sino globales o cósmicos: esta historia humana tan llena de maldades y de bondades, de construcciones y destrucciones, de lucha y esfuerzo en cualquier caso ¿es un simple paréntesis entre dos nada? (la nada antes del big-ban y la nada tras la consunción del cosmos). ¿Vale entonces la pena el inmenso esfuerzo por construir la historia? ¿O tendrían más razón las filosofías orientales que enseñan que nuestra realidad carece de entidad (como La vida es sueño de Calderón) y no tiene más consistencia que la de la curva-

Un acercamiento
al hecho
religioso
en sentido amplio
de la mano
de este reconocido
teólogo.

ENTREVISTA

Hay una desobediencia al espíritu del Vaticano II y temo que nos ocurra lo que avisaba San Agustín cuando predicaba: "temo al Señor que pasa y no regresa". El siglo XXI puede ser una hora perdida del cristianismo.

tura de un pliegue en un vestido o en una ola del mar ("ni es ni no es", como dicen textos budistas)?

Desde aquí, la humanidad ha buscado respuestas diferentes; el descubrimiento de que el tiempo no es lineal como nos parece, sino circular como el espacio (pues el que avanza por la superficie de la tierra, cree ir en línea recta, pero en realidad avanza circularmente; y sólo la pequeñez de nuestras medidas nos impide percibirlo). Igual pasa con el tiempo: mañana, tarde, noche, mañana, tarde, noche... Primavera, verano, otoño, invierno, primavera... Nacer, engendrar, morir, nacer, engendrar, morir... Es el eterno retorno: una experiencia estremecedora que sacudía a Nietzsche. Otros descubren que aun en esa circularidad hay algo lineal: bien sea de degradación (como la peonza que en cada vuelta tiene menos fuerza hasta que acaba cayendo), o de avance (como la espiral que sube). ¿O de los dos?... Por eso unos hablarán de inmortalidad del alma, otros hablarán de reencarnaciones, otros acogerán sorprendidos el anuncio de la resurrección...

¿Cuánto hay en las religiones de tradición, de peso cultural y cuánto proviene de la propia esencia humana?

Se entenderá mejor la pregunta si la aplicamos a las civilizaciones antes que a las religiones. En cada civilización (que parece una conquista y un paso delante de la historia) ¿cuánto hay de peso cultural y cuánto de valor humano?. La respuesta es: hay bastante de lo segundo y mucho de lo primero. Y

lo que pasa en las civilizaciones pasa también en las religiones. Según los expertos, pasa incluso en la forma más sublime y más trascendente de lo religioso: la experiencia mística que, por muy auténtica que sea, no dejará de expresarse en patrones culturales caducos. Ignacio de Loyola tuvo una gran intuición psicológica cuando, hablando de la que para él era la máxima experiencia de Dios (y que llamaba "consolación sin causa") advierte que no se la debe confundir con el inevitable modo de expresarse en "su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios" (EE 336). Para nosotros no hay alma más que en el cuerpo, aunque el cuerpo no sea el alma.

Esto es fundamental para hoy, pues el cristianismo debe atreverse a una nueva inculturación, abandonando rasgos que más eran inevitablemente culturales que auténticamente cristianos. Y unos tienen miedo a que en ese trasplante se desvirtue la fe, mientras otros temen que la fe se desvirtue sin esa repatriación.

Por un lado parece que la religión es un ámbito muy denostado en nuestros días, pero paralelamente asistimos a un gran movimiento de personas en búsqueda de su ser más espiritual. ¿Cómo entender esta paradoja?

Para responder a esa pregunta ayudará el recurso a la distinción de K. Barth entre "fe y religión"; pero sin caer en lo que considero error barthiano, de identificar esa distinción con la distinción entre

el cristianismo y las demás religiones. Yo creo más bien que en todas las religiones puede haber un elemento de fe y otro de religión. Este sería el cuerpo humano de la fe. Y puede ser un cuerpo ideológico (*gnosis* lo llamaban los antiguos y el cristianismo luchó denodadamente y bien, por no quedar reducido a una *gnosis*). Puede ser también un cuerpo cívico organizativo ("tinglado" dicen a veces los modernos y el cristianismo debería luchar denodadamente hoy por no reducirse al "tinglado"). O puede ser un cuerpo de placebo (y me temo que muchos movimientos modernos pueden ser búsqueda de un placebo religioso).

Todo esto sobre la religión. De la fe vale lo que hace ya casi veinte siglos expresaba san Pablo: más que tenerla tú, te sientes tenido por ella. De ahí la tendencia a que el elemento expresivo de la fe sea más bien el silencio. Pero el silencio no puede crear comunidad. Al menos, pues, convendrá recordar algo que la tradición primera repetía con frecuencia: la Palabra de Dios "ha brotado del silencio" (y no del ruido del que hoy parece brotar muchas veces la palabra oficial del cristianismo).

¿Qué características cree entonces que debería tener una religión moderna, contemporánea?

Si es posible definir nuestro momento en un solo trazo diría lo siguiente: se habló mucho antaño del silencio de Dios. Pero ahora también comienza a hablarse "del silencio del hombre": ante atrocidades como las de Irak, Rwanda, Sierra Leona, Tchetchenia, o la religiosidad prepotente y asesina del equipo de Bush, uno no puede menos de preguntarse ¿dónde está el hombre?

En este contexto veo la oportunidad (y la misión) del cristianismo en que es "la religión del hombre". Cabría decir, con el riesgo de todas las grandes síntesis, que el Islam es la religión de Dios, el budismo la religión de la sabiduría, el hinduismo la de la experiencia mística metafísica. Y quizás el cristianismo debe ser calificado como la religión del hombre: no sólo porque su mensaje es la revelación del amor de Dios al hombre sino, sobre todo, porque para el cristiano la vuelta hacia el hombre (y sobre todo hacia aquellos a quienes se les niega su condición humana), no es un mero precepto moral derivado de la Ley de Dios, sino que es lugar de encuentro con Dios, de experiencia espiritual. Me he cansado de repetir que Dios se hizo hombre no para que le busquemos en los templos sino para que le busquemos entre los hombres. Lo primero será válido y necesario si alimenta lo segundo; no si dispensa de ello. (NB. Ya sé que el uso inclusivo del término hombre disgustará a muchas amigas mías; pero es la herencia lingüística que hemos recibido)

Aquí tiene el cristianismo su hora. Pero, si miro las instancias oficiales, da la sensación de que están más preocupadas por su propia centralidad que por obedecer a esa identidad suya más profunda. Hay una desobediencia al espíritu del Vaticano II y temo que nos ocurra lo que avisaba san Agustín cuando predicaba: "temo al Señor que pasa y no regresa". El siglo XXI puede ser una hora perdida del cristianismo.

¿No cree que en los últimos tiempos estamos asistiendo al nacimiento de una especie de "religión laica", una necesidad de traducir los símbolos, ritua-

les, tradiciones religiosas, etc. al ámbito civil?

Seguramente sí. Y ello puede ser una muestra de que "algo religioso" es intrínseco al hombre. Y de que cuando muere Dios nacen los ídolos.

Religión y estado, ¿Cuál cree que sería el grado de implicación, el modo de relación más sano y beneficioso para nuestra sociedad española?

Otra vez la pregunta es larguísima. Me permito pues remitir al Cuaderno que sacaremos en enero en Cristianismo y Justicia, titulado "La difícil laicidad". Aunque tampoco allí está dicho todo. Diré sólo, haciendo una comparación con el deporte que es gran pasión nacional, que el estado debe ser también deportivamente laico: esto significa que ni es del Madrid, ni del Depor, ni del tenis, ni del basket... (aunque a nivel personal pueda tener un presidente del Barça o un ministro esquiador). Pero no significa que el estado prohíba ni ignore ni desatienda el deporte. Eso sería más bien un laicismo deportivo.

¿Qué está pasando con la mujer en las distintas religiones? ¿Cuál debería ser su papel en los tiempos que corren?

No estoy capacitado para entrar en los aspectos sociales del tema (trabajo - maternidad etc.) y además es cosa que deben ir resolviendo las mujeres. Me ha gustado lo que dicen algunas mujeres en el número de diciembre de "Sal Terrae". Pero voy a ceñirme a los aspectos eclesiales.

Juan XXIII dijo que la promoción de la mujer era un signo de los tiempos. Temo que la iglesia oficial incurra en el reproche de Jesús de no saber leer este signo de nuestro tiempo. El último documento de Ratzinger sobre el

tema da un poco de pena: no sabe asumir, acompañar, vibrar con la causa y, si ha de matizar, hacerlo desde dentro. Sólo recela y se limita a poner un "ceda el paso" antes de estar trazado el camino. No debería ser esa la misión de la Iglesia.

Tengo esperanza por lo que están haciendo muchas mujeres y pienso que, gracias a ellas, quizá no se cumpla aquella profecía de que la Iglesia perdió el s. XVIII a los intelectuales, el XIX a los obreros y el XX a las mujeres. Joan Chittister y Elizabeth Johnson me parecen dos grandes figu-

Juan XXIII dijo que la promoción de la mujer era un signo de los tiempos. Temo que la iglesia oficial incurra en el reproche de Jesús de no saber leer este signo de nuestro tiempo.

ras del pensamiento católico actual (y recomiendo su lectura a todas las mujeres). Me parece importante también que, aunque haya que reivindicar, no se limiten sólo a lo "feminista" sino que trabajen más aún lo "femenino" en la Iglesia y en la expresión de la fe. Las meras reivindicaciones hoy construyen poco, aunque quizá desahogan mucho. El tema del ministerio de la mujer quizás no está eclesialmente maduro: yo creo que no hay obstáculos ni bíblicos ni teológicos. Pero sí habría grandes dificultades de "sociología eclesial" si puedo llamarla así.

Y cerraría esta respuesta evocando a Teresa de Avila: La tacharon de alcahueta, endemoniada, blasfema y hereje (que casi parecería que sus acusadores se han reencarnado en dirigentes

actuales del PP). Pero ella "fue haciendo" aunque entre susto y dolor. Con humor suficiente para, en sus cartas, llamar varias veces "Melquisedec" al mismísimo Nuncio. Y con la convicción que refleja en otra carta: *"la verdad parece más no perece"*. He tenido la paciencia de leer los diversos memoriales presentados contra ella a la Inquisición pidiendo que se quemaran sus libros (ya que no podían quemarla a ella); aquellos señores Orenzana, Orellana, Alonso de La Fuente... estaban convencidos de la herejía de Teresa y si vieran que hoy es doctora de la Iglesia no se lo creerían. Y podían tener sus aparentes razones (porque vg. decir que Dios le había dicho que "es tiranía" una cosa que le mandaba su confesor, es comprensible que asustara). Pero en el fondo estaban en liza una mera ideología sobre Dios hecha de libros, y una experiencia de Dios (¡que puede ser tan peligrosa como imprescindible!). Eso es lo que yo deseaba en la cuestión de la mujer hoy.

¿Qué futuro ve a la realidad multicultural y multirreligiosa por tanto en nuestro país, alguna esperanza para el diálogo?

Otro tema amplísimo: Repitiendo lo dicho en otros lugares, me parece que el "diálogo" ha de ser la guinda del proceso, o la fruta madura de todo un impulso vital. Lo primero de todo es respetarse, conocerse, trabajar juntos por la justicia y a favor de los pobres (lo que suelo llamar *diapaxis*) y, cuando de todo esto brote el cariño, será el momento de comenzar a dialogar: a ver si la encarnación de Dios es una blasfemia o una pretensión absolutista, si la Trinidad es politeísmo, o si la realidad es algo más que un engaño etc.

En cualquier caso, el mundo futuro o será fraternamente multicultural o será un campo de batalla. Y, por ejemplo, creo que si Occidente (como cultura y no como cristianismo) sabe acoger al Islam y aprender del Islam quizá sea la única manera de que el Islam se ilustre y se purifique. Aprender del Islam vg. que el sentido de la vida está fuera de nosotros (llámesele Dios o no), y no se agota simplemente en producir para consumir y consumir para que se siga produciendo. Acoger al Islam en el sentido de reconocer las injusticias y humillaciones a que los hemos sometido y cambiar de actitud hacia ellos pero porque nos interesan ellos, no porque nos interese su petróleo. Desde aquí podría renacer el mejor Islam y no el Islam del resentimiento que es el que ahora conocemos más (y esto no quiere ser

Así como no podrá enseñar arte quien no tenga un mínimo de sensibilidad (aunque luego pueda ser más realista o más abstracto etc.), tampoco se podrá enseñar religión sin un mínimo de sensibilidad ante la pregunta religiosa, se sea creyente o no.

una crítica parcial: también hay un cristianismo que es una teología de la dominación, fruto del giro de Carlomagno, y que tampoco es el verdadero cristianismo). Desde aquí le sería fácil al Islam aceptar evidencias (como lo monstruoso de la mutilación genital femenina) que si no se aceptan es sólo por la convicción apriorística de que todo lo occidental es malo.

¿Qué religión para qué escuela?

Antes de responder: no quisiera que el tema de la religión se convierta en una cortina de humo para ocultar la baja calidad de nuestra educación que acaban de

poner de relieve las encuestas de la OCDE: España más o menos en el puesto 26 entre 30. Y somos el país de la UE que menos dedica a educación en sus presupuestos. Quisiera recordar a Zapatero cómo habló en la campaña electoral de la primacia que iba a dar su gobierno a la educación. No se nota mucho por ahora.

Sólo después de advertir esto tiene sentido pasar al tema de la religión. Contesto refiriéndome a la escuela pública. Religión en ella creo que sí. Pero:

- 1.- Una asignatura que sea fruto de un pacto de estado y no imposición de un partido gobernante.
- 2.- Para ello una religión que no sea catequesis ni educación en la fe.
- 3.- Me parece que esta asignatura debería tener dos grandes vertientes: a) una cultural: porque

no es de recibo que alumnos de un colegio hagan un viaje a Italia, visiten Florencia, vean pinturas de Fra Angelico y no las entiendan por no saber ni qué es la anunciación, ni qué es la visitación, ni puedan entender la Divina Comedia. Este ejemplo es cotidiano y de todos los lugares. b) Junto a esa, otra vertiente humana: comprender *cuáles son las experiencias humanas que confluyen en la pregunta religiosa* y cuáles han sido las diferentes respuestas: porque el acceso a esas experiencias es un elemento imprescindible de formación humana, inde-

pendientemente de cómo se responde a ellas.

4.- Lo anterior hace ver que para poder llegar a eso, no sólo hacen falta diálogo y pactos sino buenos profesores de los que creo que hoy carece nuestra sociedad. Así como no podrá

enseñar arte quien no tenga un mínimo de sensibilidad (aunque luego pueda ser más realista o más abstracto etc.), tampoco se podrá enseñar religión sin un mínimo de sensibilidad ante la pregunta religiosa, se sea creyente o no.

5.- Lo que no me gustaría en España es que la Iglesia, para conseguir esa asignatura ahogue su palabra profética (vg, no condenando el crimen cometido en Irak por el anterior gobierno con los Estados Unidos.)...■

Referido al tema que nos ocupa en este monográfico, González Faus publicó el texto que transcribimos a continuación en el periódico de La Vanguardia del 22 de julio de 2003. Este texto se encuentra también recogido en su último libro "Ojo Avizor" que

recoge casi todos los artículos publicados en dicho periódico entre el año 2000 y el 2004.

"La clase de religión vuelve a saltar al campo, como si fuera una de esas substituciones que hacen los entrenadores para "reforzar" alguna línea del equipo. Y sin embargo, el problema de la clase de religión no puede estar al albur de qué partido gobierna. Debería ser objeto de un pacto ente todas las fuerzas políticas y con carácter definitivo. Como comentaba hace pocos días Alfredo Abián en este mismo diario, otros países (Alemania, Holanda, Inglaterra o Italia) lo han resuelto hace tiempo. Y España no debería empeñarse en ser aquí aquella "luz de Trento" con que quiso definirla Menéndez y Pelayo, y que hoy está como la canaria "farola del mar", que "esta noche no alumbra porque no tiene gas".

Sin pretender ofrecer soluciones (que deberán ser encontradas entre todos), si quisiera brindar algunas informaciones sobre el momento oscuro en que este problema ha vuelto a replantearse.

1.- Para mentalidades más laicas recomendaría lo que dice sobre el tema el "rojo" Régis Debray en su libro "Dieu un itinéraire". Como el hecho religioso siempre se da (y sólo se da) encarnado en una determinada cultura, no se puede prescindir olímpicamente de él sin mutilar parte de la propia herencia y de la propia identidad cultural. Sería algo así como no enseñar catalán, euskera o gallego a niños de esas nacionalidades, porque hoy el castellano o el inglés son más útiles y "ayudan más a abrirse camino". Esto vale tanto para creyentes como para no creyentes.



2.- Para gentes cristianas, y a nivel de textos de religión, puedo dar fe de la siguiente anécdota. Algunos grupos de profesores que están tratando de redactar unos textos remozados y postconciliares para la enseñanza de la religión, se han encontrado con que la conferencia episcopal les hacía observaciones como las siguientes. Una lista de autores "malditos" a los que no se debe citar nunca. Póngase al final de cada tema o subtema una cita del Catecismo de la Iglesia Católica. Quitar una frase de Emma Bonino (que hablaba de valores humanos etc), porque esta señora se ha confesado abortista. En un

dibujo sobre el cuento de Caperucita, "póngase un crucifijo encima de la cama de la abuela"...

Parece increíble; pero los autores que me las contaron me merecen más crédito que las voces oficiales que estarán obligadas a desmentir esas (y otras) anécdotas. En este contexto resulta inevitable la pregunta siguiente: lo que se pretende hoy al tratar de imponer la clase de religión ¿es facilitar una información cristiana a muchos alumnos cuyos padres podrían deseársela para sus hijos? ¿O es un indocinamiento en una rama fundamentalista del catolicismo, que pretende excluir de la Iglesia a todas las demás líneas en ella existentes, y que más que seguidora de Jesús parece seguidora de Bush?

Sé que no son estos todos los datos a considerar, pero me parece importante que éstos detalles no se desconsideren"

Ojo Avizor, PPC, Madrid, 2004, (págs. 112-114).